

Capítulo 139: Huan Ying Jia

Los ojos de la mujer se abrieron de golpe mientras voces distantes se filtraban a través de las paredes podridas de su prisión.

"—El Emperador en persona viene—"

"—esa maldita mujer—"

"—plaga espiritual, nadie debería acercarse—"

Su mirada luminosa se fijó en el techo agrietado, mientras la confusión se agitaba en las profundidades de su conciencia que se desvanecía.

En todos los años que había estado atrapada en ese cascarón moribundo, relegada a esa choza olvidada como ganado enfermo, nadie había venido nunca.

Los aldeanos dejaban restos de comida afuera de su puerta como ofrendas para alejar el mal, pero nunca se acercaron, nunca reconocieron su existencia más allá de susurradas oraciones pidiendo protección.

¿Por qué ahora?



¿Por qué un emperador, cualquier emperador, vendría a este miserable lugar?

Su mente, todavía aguda a pesar del deterioro de su cuerpo, comenzó a analizar las posibilidades.

El nombre que resonó en los tonos silenciosos de los guardias tenía peso, una autoridad que hacía que incluso los cultivadores más endurecidos actuaran con cuidado.

Pero los emperadores no visitaban a los mortales moribundos en chozas de plaga.

No, a menos que...

¿Podría ser él?

¿El engendro parásito, el llamado hijo, que había estado drenando su esencia misma durante décadas?

El pensamiento envió una punzada de furia a través de su cuerpo debilitado, sus dedos esqueléticos se retorcían bajo los vendajes manchados de sangre.





Si ese bastardo se atreviera a mostrar su cara aquí, si tuviera la audacia de regodearse por su obra...

Ella encontraría la fuerza en algún lugar, de alguna manera, para envolver sus dedos alrededor de su garganta y apretar hasta que sus ojos se salieran de sus cuencas.

Pero mientras la rabia la atravesaba, la fría lógica se reafirmó.

¿Por qué vendría?

Él obtenía todo lo que necesitaba de ella sin mover un dedo.

Su fortuna divina, su karma acumulado, su propia fuerza vital, todo ello fluyendo hacia él como afluentes que alimentan un río.



No tenía motivos para reconocer la fuente de su poder ni para presenciar el coste de su ascensión.

Además, ella se estaba muriendo.

Había estado muriendo durante meses, los sellos finales se activaron mientras sus recuerdos regresaban en fragmentos agonizantes.



La plaga espiritual que se aferraba a ella como una segunda piel repelería a cualquier cultivador con sentido.

Incluso mirarla era suficiente para hacer que la mayoría de los practicantes huyeran aterrorizados: la visión de meridianos podridos y canales de qi corruptos era una pesadilla hecha realidad para cualquiera que hubiera pasado su vida construyendo poder espiritual.

Así que tal vez fue otra persona... algún nuevo emperador interesado en ver a la renombrada belleza Zhao Meilian. Vendría, vería en qué se había convertido y se marcharía.

Otra decepción en una vida llena de ellas.

Dejó que sus ojos se cerraran nuevamente, entregándose al peso familiar de la desesperación.

En unas horas, quizá menos, su corazón finalmente dejaría de latir.

Las últimas gotas de su esencia divina serían extraídas de su cuerpo debilitado, y luego... nada.

Bendito olvido.

Sin recuerdos de la gloria pasada, sin conocimiento de lo que había perdido.



Sólo la oscuridad pacífica que esperaba a todos los mortales al final de su breve y vacilante existencia.

El sonido de pasos que se acercaban le hizo abrir los ojos de golpe.

Una figura estaba parada en la puerta, iluminada desde atrás por el sol de la tarde que se filtraba a través de los huecos de las destartaladas paredes.

A medida que su visión se ajustaba, comenzaron a surgir detalles que la hicieron quedarse sin aliento.

Largo cabello negro que parecía absorber la luz a su alrededor, cayendo en ondas perfectas más allá de anchos hombros envueltos en túnicas imperiales de la más profunda medianoche.

Ojos rojos y carmesí que contenían profundidades como charcos de fuego líquido, antiguos y sabios de una manera que hablaban de un poder más allá de la comprensión mortal.

Su rostro era de una perfección esculpida: pómulos marcados, mandíbula fuerte, labios que se curvaban con autoridad inconsciente incluso en reposo.





Era hermoso de la manera en que sólo el verdadero poder puede embellecer a alguien, irradiando un aura que hacía que el aire a su alrededor brillara con una fuerza apenas contenida.

Pero esos ojos...

La miraban, pero de alguna manera no la miraban.

Como si su mirada estuviera fija en algo detrás de su forma física, viendo a través de las capas de decadencia y corrupción hacia algo más profundo debajo.

Sus sentidos divinos fragmentados, aún sensibles a pesar de su condición, detectaron el cambio sutil en su atención: estaba leyendo algo, procesando información que existía más allá de la percepción normal.



No importaba.

Ya nada importaba.

En quizás dos horas, su corazón dejaría de latir con esfuerzo y todo esto perdería sentido.

La trampa que le habían tendido con tanto cuidado y con tanta crueldad, finalmente cobraría su premio.

Moriría ignorante y olvidada, sólo otra mortal que había vivido y sufrido y pasado a la oscuridad sin dejar ni una sola onda en la superficie de la existencia.

Ella mantuvo sus ojos fijos en él, estudiando su rostro con la curiosidad distante de alguien que observa su último atardecer.

Al menos su última visión sería algo hermoso en lugar de la paja mohosa y las paredes agrietadas que habían sido sus compañeras durante tanto tiempo.

Entonces él habló y su mundo explotó en fragmentos de dolor recordado.

"Estaba buscando a la madre de Zhao Chen".

El nombre la golpeó como un golpe físico, cada sílaba un gancho con púas que atravesó su conciencia y sacó a la luz recuerdos que había pasado décadas tratando de enterrar.

La corte celestial, las cadenas de luz, la lanza de pura energía maldita perforando su esencia divina.

La risa, una risa fría, cruel y despiadada, mientras la condenaban a ese destino.





Su cuerpo se convulsionó, cada músculo se contrajo en una agonía compasiva mientras una rabia como nunca antes había experimentado inundaba sus venas.

Las vendas alrededor de sus puños se oscurecieron con sangre fresca mientras sus uñas se hundían profundamente en sus palmas, la única salida que tenía para la tormenta de furia que amenazaba con destruirla desde adentro.

Pero su cuerpo estaba demasiado débil, demasiado roto para contener tal emoción.

La rabia la quemó como un reguero de pólvora a través de la hierba seca, dejando sólo agotamiento y dolor a su paso.

Ella intentó hablar, gritar, dar voz a la injusticia cósmica que le habían hecho, pero no surgió ningún sonido salvo un suave y lastimero gemido que hablaba de un sufrimiento más allá de las palabras.

Apretó la mandíbula hasta que sus dientes crujieron bajo la presión, pero incluso ese pequeño acto de desafío le costó caro.

Nuevas olas de agonía la invadieron mientras su cuerpo le recordaba sus limitaciones; la fatiga se apoderó de ella como una pesada manta que amortiguó incluso su ira.





Al final, no pudo hacer nada más que quedarse allí y mirarlo con ojos que contenían la furia acumulada de diez mil años y la resignación impotente de alguien que había aprendido que incluso los dioses podían romperse si el universo era lo suficientemente cruel.

El hombre pareció entender algo en esa mirada, un reconocimiento entre ellos que trascendía las palabras.

Sin dudarlo, dio un paso adelante y deslizó sus brazos debajo de ella, levantándola de la paja mohosa con el mismo cuidado que podría mostrar con un artefacto precioso.

Princesa llevada.

Lo absurdo del asunto casi la hizo reír, si hubiera tenido fuerzas.

Allí estaba este poderoso cultivador (ahora podía sentir su aura, al menos el Gran Vehículo) acunando a alguien afectado por lo que parecía ser la plaga espiritual más virulenta imaginable.

Cualquier otro practicante habría huido gritando antes que arriesgarse a contaminarse, pero él la sostuvo como si estuviera hecha de vidrio hilado y luz de estrellas.

¿Por qué?

